

irresistible, se levantó de pronto, tomó el brazo de Sara, alcanzó á Carlos Robert, y le dijo al pasar en voz baja: — *Mañana iré... á la una...*

Y volviéndose á la galería con su amiga, salió al punto del baile.

XVI

¡COMO TAN TARDE ÁNGEL MÍO!

Rodolfo había concurrido al baile, no sólo para cumplir un deber de etiqueta, sino también para averiguar si era fundada su sospecha con respecto á la marquesa de Harville, y si ésta era efectivamente la heroína de la historia de madama Pipelet. Después de haber vuelto con la condesa ** del jardín de invierno, recorrió varios salones sin que pudiese hallar sola á la marquesa de Harville. Volvía otra vez al invernáculo, cuando al llegar á la escalera fué testigo de la rápida escena que pasó entre la de Harville y Carlos Robert después de la broma poco culta del duque de Lucenay; Rodolfo observó una mirada significativa que cambiaron Clemencia y el *comandante*, y por un secreto presentimiento creyó que aquel alto y bello joven era el misterioso inquilino de la calle del Templo. Determinado á cerciorarse, volvió á entrar en la galería.

Iba á empezarse un vals, y al cabo de algunos minutos vió á Carlos Robert en pie, arrimado al alféizar de una puerta y lleno de complacencia y satisfacción de sí mismo, porque le había gustado la respuesta del duque de Lucenay (Carlos Robert no era cobarde, á pesar de ser tan ridículo) y porque estaba seguro de que la de Harville no faltaría á la cita que le acababa de dar.

Rodolfo buscó á Murph.

— ¿Ves aquel joven rubio en medio de aquel grupo?

— ¿Aquel alto que parece tan pagado de sí mismo? Sí, monseñor.

— Pues bien, procura acercarte á él lo bastante para decirle en voz baja y de modo que nadie más que él te oiga, estas palabras: *¡Cómo tan tarde, ángel mío!*

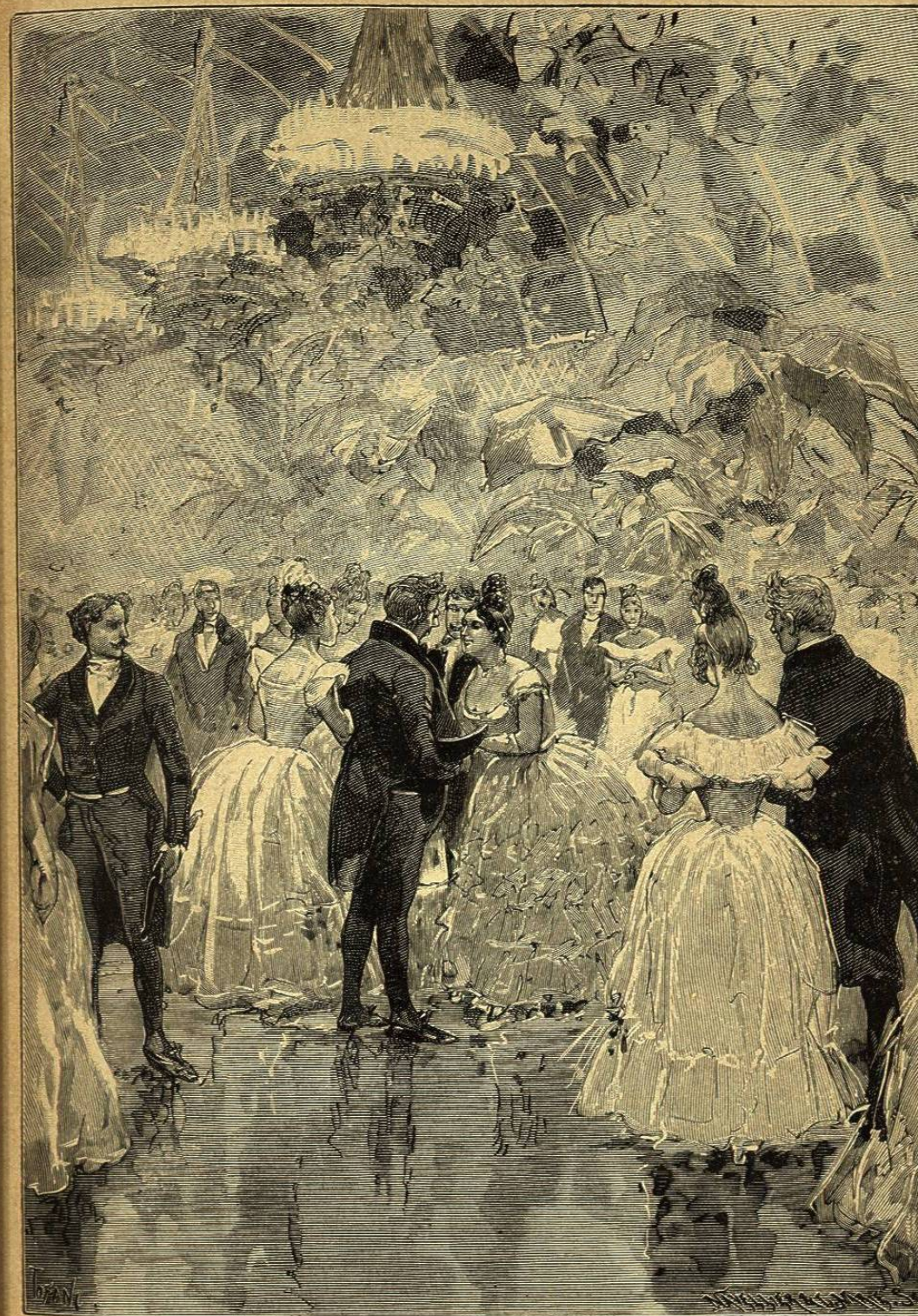
Murph miró á Rodolfo con asombro, y le dijo:

— ¿Habláis seriamente, monseñor?

— Hablo seriamente. Y si se vuelve hacia ti al oír estas palabras, cuida de no perder tu incomparable serenidad, á fin de que no sepa quién las ha pronunciado.

— No entiendo palabra, monseñor; pero haré lo que decís.

Antes de concluir el vals, se colocó Murph detrás de Carlos Robert. Rodolfo estaba situado de manera que no debía perder el menor resultado de su experimento; siguió pues á Murph con la vista, y al cabo de un minuto observó que



Volvia otra vez al invernáculo.

Carlos Robert se volvía súbitamente para mirar hacia atrás... Murph ni siquiera pestañeó; y á la verdad el comandante no debía creer que aquel hombre calvo, tan alto y de aspecto tan grave é imponente, hubiese pronunciado las palabras que le trajeron á la memoria el desagradable incidente de que madama Pipelet había sido la causa y la heroína al mismo tiempo.

Terminado el vals volvió Murph al lado de Rodolfo.

— Aquel joven, monseñor, se volvió hacia mí como si le hubiera mordido. Esas palabras tienen una virtud mágica.

— Y tanto, amigo Murph, como que me han revelado lo que quería saber.

Rodolfo lamentaba interiormente el error de la marquesa de Harville, tanto más peligroso porque tenía á Sara por cómplice y consultora. Esta idea lo llenó de amargura y le manifestó la verdadera causa de la tristeza del marqués de Harville, á quien amaba tiernamente: esta causa eran sin duda los celos, pues su mujer, dotada de cualidades tan encantadoras, se sacrificaba á un hombre que tan poco la merecía. Dueño por una casualidad de este secreto, incapaz de abusar de él y sin que pudiese discurrir ningún medio para desengañar á la marquesa de Harville, que por otro lado le parecía entregada á una ciega pasión, Rodolfo veíase condenado á ser testigo impasible de la ruina de una joven á quien había amado con una pasión tan vehemente como secreta... y á quien amaba todavía, á pesar suyo.

El barón de Graün lo sacó de estas reflexiones.

— Si V. A. R. tiene á bien retirarse un momento al gabinete inmediato, que está solo, le daré cuenta de los informes que me ha ordenado tomase.

Rodolfo se retiró con el barón de Graün.

— La única duquesa á quien pueden referirse las iniciales N y L es la señora duquesa de Lucenay, cuyo apellido es Noirmont — dijo el barón: — no se halla aquí esta noche. Acabo de ver á su marido, que habiendo emprendido hace cinco meses un viaje á Oriente que debía durar un año, apareció en París de pronto hace dos ó tres días.

Se recordará que en la visita que hizo Rodolfo á la casa de la calle del Templo, había hallado en el mismo descanso de la puerta del charlatán César Bradamanti, un pañuelo humedecido en lágrimas, guarnecido de encaje que tenía bordadas en una de las puntas las iniciales N. y L. debajo de una corona ducal también bordada.

El barón que no tenía conocimiento de este hallazgo se informó del nombre de todas las duquesas residentes entonces en París, y averiguó lo que hemos dicho. Todo lo comprendió Rodolfo, y aunque no tenía interés alguno por la duquesa, na pudo menos de estremecerse al pensar que siendo ella efectivamente la que visitó al charlatán, este miserable sabía el nombre de aquella señora á

quien hizo seguir por el Cojuelo, y era muy capaz de abusar de aquel secreto que la ponía á merced suya.

— Hay casualidades muy singulares, exclamó el barón.

— ¿Pues qué hay? preguntó Rodolfo.

— En el momento en que Mr. de Grangeneuve me daba estas noticias acerca del duque y de la duquesa de Lucenay, añadiendo con malignidad que la imprevista vuelta del señor duque les ha venido muy mal á la duquesa y al vizconde de Saint-Remy, joven bello y el más elegante de París, en aquel momento, digo, me ha preguntado el señor embajador si en mi concepto V. A. le permitiría presentarle el vizconde que está aquí y que acaba de ser agregado á la legación de Gerolstein.

— Rodolfo hizo un movimiento de desagrado y dijo: Es cosa que me disgusta muchísimo, pero á la cual no puedo negarme: decid pues al conde que me le presente. Á despecho de su mal humor Rodolfo sabía los deberes de un príncipe, para que en tal ocasión se condujese con poca amabilidad, y por otra parte deseaba conocer al vizconde de quien decían ser el amante de la duquesa. Acompañado del embajador se presentó Saint-Remy, simpático joven de veinte y cinco años, delgado, esbelto, de noble apostura y de fisonomía agradabilísima. Su tez era morena, pero de un moreno transparente, como aquel que dió á sus retratos el pincel de Murillo. Sus cabellos negros, lisos y divididos sobre la sien izquierda, rizábanse con gracia dejando ver apenas el descolorido lóbulo de las orejas. El negro subido de las pupilas resaltaba sobre el globo del ojo teñido de ese ligero matiz azulado que da tanta expresión á las miradas de los indios. Por un capricho de la naturaleza su espeso y fino bigote contrastaba con sus facciones tan lisas como las de una joven. Llevaba un corbatín de raso negro que ponía al descubierto su cuello. Los pliegues del corbatín estaban sujetos con una sola perla de precio inestimable por su tamaño, por la pureza de su forma, y su vivísimo brillo. En todo el traje del vizconde y en toda su persona había tal gracia y elegancia tal, que habiéndolo visto una vez era difícil olvidarse de él.

Era extremado su lujo en coches y caballos, y como gran jugador sus apuestas en la carrera no bajaban anualmente de dos ó tres mil luises. Su casa de la calle de Chailot se presentaba como un modelo de suntuosidad elegante: en ella se celebraban opíparas comidas y se jugaba fuerte, llamando la atención que el vizconde perdía muchas veces sumas considerables con la mayor indiferencia sin embargo de saberse que su patrimonio estaba arruinado. Para explicar esa prodigalidad incomprensible, las gentes malignas y envidiosas hablaban como lo hizo Sara de las muchas riquezas de madama de Lucenay; mas dejando á un lado la avilantez de esta suposición, olvidaban que el duque intervenía las cuentas de la fortuna de su mujer, y que el vizconde gastaba á lo menos doscientos mil francos al año. Otros hablaban de usureros imprudentes,

puesto que Saint-Remy no esperaba herencia alguna, y otros por último suponíanle demasiado dichoso en el *Turf*, y decían entre dientes que sobornaba á los *Jokeis* y á los *entraineurs*, á fin de que perdiésem los caballos contra los cuales apostaba mucho dinero. Sin embargo de todo esto, la mayor parte de las personas del gran mundo con quienes el vizconde alternaba, discurrían poco ó nada acerca de los medios con que hacía frente á tanto fausto.

Pertenecía por su nacimiento el vizconde á la mejor y más alta clase; era soltero, alegre, valiente, despejado, buen caramada, y muy tolerante; daba buenas comidas, y hacía todas las apuestas á que se le invitaba: ¿podía exigirse más acaso? Las mujeres le querían, contábanse por docenas sus triunfos; era joven, apuesto, galante, espléndido siempre y obsequioso con las damas. Por último las dudas acerca de cómo podía gastar tanto dinero, daban á su conducta un agradable misterio. Cuando se hablaba de él solían decir: preciso es que ese diablo de Saint-Remy haya dado con la piedra filosofal; y cuando se supo que lo habían agregado á la legación francesa cerca del gran duque de Gerolstein, algunos sospecharon que trataba de hacer una retirada honrosa.

Al presentarle el embajador á Rodolfo dijo: tengo el honor de presentar á V. A. al señor vizconde de Saint-Remy agregado á la legación de Gerolstein. El vizconde saludó profundamente y dijo á Rodolfo: suplico á V. A. que se digne perdonar la impaciencia que he tenido de ponerme á sus órdenes, honor que es para mí de inestimable precio.

— Tendré mucho gusto, caballero, en veros en Gerolstein. ¿Pensáis ir pronto?

— La permanencia de V. A. en París hace que no apresure tanto mi marcha.

— La tranquilidad de nuestras cortes alemanas os extrañará mucho estando acostumbrado á la vida de París.

— Me atrevo á asegurar á V. A. que la benevolencia que se digna manifestarme, y de que quizás no me privará en lo sucesivo, es suficiente para que no eche de menos á París.

— No dependerá de mí que durante vuestra permanencia en Gerolstein penséis de distinta manera; y dicho esto Rodolfo hizo una ligera inclinación de cabeza para indicar al vizconde que el acto estaba terminado. El joven vizconde después de saludar profundamente se retiró.

Era el príncipe gran fisonomista y de pronto sentía repugnancia ó afición por las personas, no sin que los hechos justificasen andando el tiempo estos primeros impulsos de su alma, y después de las pocas palabras que cambió con Saint-Remy, sintió hacia él, una especie de aversión involuntaria. Creyó descubrir en su fisonomía rasgos de hipócrita, y que en sus miradas había un no sé qué de pérfidamente astuto. Veremos al vizconde en circunstancias que harán un contraste terrible con la brillante posición que ocupaba al ser presentado á